

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8).

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TIMOTH. IV, 13.)

Entre las cosas divinas, la más sublime, es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DIONISIO.)

El amor al prójimo, es uno de los mayores y más excelentes dones que la divina bondad puede conceder á los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de Sales).



Quien recibiere á un niño en mi nombre, á mi me recibe.

(MATH. XVIII.)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande esmero su educación cristiana; y proporcionadle libros que le enseñen á huir del vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX.)

Redoblad vuestras fuerzas á fin de apartar á la niñez y juventud de la corrupción é incredulidad y preparar así una nueva generación.

(LEON XIII.)

—DIRECCION en el Oratorio Salesiano — Calle de Cottolengo N. 32, TURIN (Italia) —

SUMARIO

Jubileo de S.S. León XIII.

¡Viva el Papa!

El Misionero Salesiano de América en el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

El Secreto de la Resurrección laica.

Noticias de nuestras Misiones. — Tierra del Fuego: una nave Salesiana.

Las lecturas Católicas.

Ecuador. Talleres del Sagrado Corazón.

Colombia. Agua de Dios.

Uruguay. Fiesta Salesiana.

Gracias de María Auxiliadora.

Historia del Oratorio de San Francisco de Sales.

El *jubileo episcopal* del Sumo Pontífice, esto es, el feliz aniversario del quincuagésimo año de su consagración episcopal es motivo bien fundado de fiesta que llena de entusiasmo á los católicos del mundo entero.

¿Hay acaso en la tierra persona más ilustre que León XIII? Todas las grandezas se eclipsan delante de él.

Prudente, enérgico y misericordioso es el jefe de gobernantes.

Filósofo, teólogo, orador insigne contempla con vista de águila las vicisitudes de las naciones, previene y aconseja á los pueblos, y con maravillosa sabiduría resuelve los más difíciles problemas sociales.

Enemigo invencible del error, señala una á una las aberraciones de nuestro siglo y confunde el espíritu del mal y á los secuaces desgraciados de las doctrinas de Satanás.

Anciano octogenario conserva vigorosa la mente y toda la actividad de la juventud, con más la santidad que encanta. Vicario de Jesucristo, Pastor supremo, Maestro universal y Pontífice infalible, León XIII es una prueba manifiesta de la asistencia de Dios á la Iglesia. Sí, á

JUBILEO EPISCOPAL

DE

S. S. León XIII

El presente mes de febrero es de gran gloria para la Iglesia y el Pontificado. Dios confunde así á sus enemigos y demuestra que gobierna, conforme á su promesa, el timón de la nave de San Pedro.

Dios, que tan admirables cosas ha hecho, debemos gratitud y alabanzas infinitas. Católicos, alzad los ojos al cielo, y consolaos porque Dios está con nosotros.

Expuesta la Iglesia á continuos combates, cada página de su historia nos muestra uno de sus triunfos, y toda entera confirma la eterna palabra; que las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella.

¡Qué toda la cristiandad celebre gozosa el Jubileo del agosto Pontífice! Llamásele Padre Santo, porque á la verdad ama á sus hijos con singular ternura. Y ahora para avivar el contento de todos ha acordado las gracias siguientes (1):

1º Indulgencia plenaria á los peregrinos que vayan á Roma.

2º Indulgencia plenaria á los fieles que, unidos en espíritu con los que van á Roma, hagan una novena rezando una tercera parte del rosario, ya en los días que inmediatamente preceden al 19 de febrero de 1893, ya en los que fijare el ordinario de cada diócesis.

3º Indulgencia plenaria á cuantos hicieren los ejercicios espirituales ó tomaran parte en las misiones que se diere en 1893, con tal que se confiesen, comulguen y rueguen según la intención del S. Padre.

4º Indulgencia de 300 días por cada día de la novena, ejercicios ó misiones.

5º Dichas indulgencias son aplicables á las almas del Purgatorio.



¡VIVA EL PAPA!

Este es el grito en que llenos de júbilo prorrumpen los corazones de la cristiandad entera.

¡Viva el Papa! Días de honor y gloria, días de fiesta sin par se preparan al anciano venerando que gobierna la Iglesia, al Padre amadísimo de la gran familia cristiana, al Vicario Augusto de Jesucristo.

El 19 de febrero, como palomas atraídas misteriosamente volarán á Roma la mente y el corazón de todos los fieles

(1) Audiencia del 16 de diciembre de 1892.

del mundo católico; y al contemplar en el más alto personaje de la tierra tantos tesoros con que le han dotado la naturaleza y la gracia entonarán un himno de purísima alegría y bendecirán mil y mil veces al Señor.

¡Viva el Papa! Este es el grito entusiasta que con toda el alma repiten los hijos de la luz en los montes y en los valles, en las ciudades y los campos, entre las ondas de los mares y hasta en las arenas de los desiertos.

¡Viva el Papa! es el grito de la fe y del amor; grito que encierra los votos más fervientes al Cielo por la felicidad del Pontífice Santo, por el cumplimiento de sus constantes deseos y el triunfo espléndido de la Iglesia. ¡Viva el Papa!

León XIII y Don Bosco.

¡Ah si viviese todavía Don Bosco! ¡Cuánto amaba él al Padre Santo! Aun del lecho de muerte su pensamiento volaba con frecuencia al Vaticano y con el más tierno afecto hablaba de León XIII con el Eminentísimo Cardenal Alimonda que proyectaba viaje á Roma.

La primera vez que Don Bosco se encontró en la ciudad eterna con Su Santidad León XIII fué cuando la Iglesia llorando la muerte de Pío IX trataba de darle un sucesor.

Hé aquí como D. Bosco mismo describe aquel momento en su bellísima obra sobre el nuevo Papa:

« Un sacerdote forastero (así se esconde en el anónimo) debiendo hablar con el Cardenal Secretario de Estado sobre un asunto urgente, caminaba por las salas y corredores del Vaticano, sin saber dónde hallarle, cuando de repente le presentan al Card. Camarlingo, el Eminentísimo Pecci. El sacerdote contempla el semblante angélico del Purpurado y con afecto filial le dice:

— Permítame V. Em. besarle la mano.

— ¡Quién sois?

— Un pobre sacerdote que al besar ahora la mano de V. Em. ruega con firme esperanza para poder dentro de poco besarle el pie.

— ¡Cuidado! que os prohibo rogar con tal intención.

— V. Em. no me puede prohibir que ruegue á Dios para que se haga lo que sea de su agrado.



SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII.

— Os amenazaré con una censura.
— V. Em. no tiene aún autoridad de fulminar censuras; cuando la tendrá sabré respetarla.

— ¿Quién sois?

— Soy N... (y Don Bosco dijo su nombre).

— ¡Oh basta! no me habléis de esto; es tiempo de trabajar, no de chancearse.

Partió Don Bosco con el corazón lleno de afecto hacia el futuro Pontífice, afecto que unido á la mayor veneración le movió á ir repetidas veces á Roma para ver y oír al Papa y presentarle los más delicados homenajes.

No es, pues, fuera de propósito estampar aquí lo que Don Bosco decía con respecto á León XIII al celebrarse el *Jubileo sacerdotal* de Su Santidad.

Como se le pidiera un autógrafo para un Album que se quería publicar en honor del Santo Padre, escribió: « Hago míos todos los sentimientos de fe y estimación, de respeto, veneración y amor de San Francisco de Sales al Sumo Pontífice; repito gustoso todos los títulos de gloria con que le han honrado los Santos Padres y Concilios, y formando con ellos á manera de corona de piedras preciosas la ciño á la cabeza del Papa... »

Jamás los miembros de la humilde Sociedad de San Francisco de Sales se separen de los sentimientos de nuestro Santo Patrono respecto á la Sede Apostólica; acojan pronta y respetuosamente y con simplicidad de mente y corazón no sólo las decisiones del Papa sobre el dogma y la disciplina, sino aun en las cosas de libre discusión abracen la opinión que él como Doctor privado sustenta antes que la de cualquier otro teólogo ó doctor del mundo.

¡Ojalá que tal sea la línea de conducta de los Salesianos y de sus Cooperadores; más aún, que lo sea de todos los fieles y en especial del Clero, porque á más de los deberes que los hijos tienen de respetar á su padre, á más del que los cristianos tienen de venerar al Vicario de Jesucristo, el Papa merece la mayor deferencia, como que ha sido escogido entre todos los hombres más ilustres por su doctrina, más estimados por su prudencia, más insignes por su virtud y porque el Espíritu Santo le asiste particularmente en el gobierno de la Iglesia. »

León XIII y los Salesianos.

Es para nosotros hijos de Don Bosco prenda de honor muy estimada el imitar en todo y siempre á nuestro muy querido y venerado Fundador y Padre.

Si bien nuestro afecto y deferencia al Santo Padre no haya tenido límites y en él veamos al Príncipe de los Apóstoles, al Vicario de Dios, los sentimientos de Don Bosco, su corazón y su espíritu son nuestro tesoro, sus palabras son las nuestras, su conducta la que nos proponemos seguir.

Los Salesianos, y sus Cooperadores con quienes forman una sola familia, se ufanan, por tanto, en presentarse en la primera fila en el ejército de los hijos más sumisos y admiradores más decididos del Gran Pontífice que rige los destinos de la Iglesia de Dios, el inmortal León XIII.

Nuestras escuelas y talleres, colegios y asilos, oratorios y seminarios, colonias agrícolas y misiones, nuestra palabra y nuestra acción, nuestra pluma y nuestras imprentas, todo hasta la misma vida lo ofrecemos rendidamente al Sumo Pontífice.

La Exposición Vaticana y la de Londres, la de Bruselas y la de Barcelona (1888), la de Colonia (1889) y la de Edimburgo (1890) acordaron honrosos premios á nuestra tipografía de Turín por el riquísimo volumen trabajado expresamente para obsequiar á Su Santidad León XIII.

De nuestras casas, tres están dedicadas al Papa de un modo particular. La primera, con el nombre de S. León, es la de Marsella fundada el año mismo de la coronación del Pontífice reinante. La segunda, en Lorena en el Brasil, llámase de San Joaquín. La tercera, en la capital de Colombia, se apellida de León XIII.

¿Qué haremos ahora para celebrar la fiesta que se aproxima?

El monumento salesiano que recuerde á la posteridad el glorioso *Jubileo episcopal* de León XIII está ya erigido, su inauguración solemne tendrá lugar en este mes: es un monumento en que puso mano Don Bosco mismo antes de volar al cielo, monumento alzado con el óbolo de nuestros amados Cooperadores y destinado al bien de los huérfanos de cualquier parte de la tierra que lleguen á él.

Este grandioso monumento ofrecido al Papa por los Salesianos y sus Cooperadores es el Asilo del Sagrado Corazón de Jesús en Roma, establecido junto á la iglesia del mismo nombre, que bien sienta esta vecindad, pues Jesús decía: *Dejad que los niños se acerquen á mí.*

¿Qué monumento más digno del Papa? En él se compendia la obra Salesiana, y él es como un cuadro vivo de cuanto la divina Providencia inspiró á Don Bosco para bien de la Iglesia y consuelo de su augusto Vicario: Oratorio festivo, escuelas, clases diurnas y nocturnas, internado, talleres para estudiantes, talleres para artesanos, y no pocos seminaristas y sacerdotes que se preparan para múltiples trabajos.

Aquellos niños y aquellos muros repetirán diariamente y con elocuente voz un grito dulcísimo: ¡Viva el Papa! ¡Viva el Jubileo episcopal de S. S. León XIII!

EL MISIONERO SALESIANO DE AMÉRICA en el IV Centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo.

¡Oh Señor, Dios omnipotente y eterno, creador de los cielos, de los mares y de la tierra, bendecido y glorificado seáis en todo el universo, porque os habéis dignado permitir que vuestro santo nombre sea predicado por vuestro humilde siervo en esta otra parte del mundo!

Tal es la oración que, hace cuatrocientos años, Cristóbal Colón, con las lágrimas en los ojos, elevaba á Dios postrado en la tierra donde acababa de enarbolar el estandarte de la cruz.

Tal es también la oración que lleno de gratitud y entusiasmo hace ahora el Misionero Salesiano:

Bendito y glorificado seáis, amantísimo Señor, que por efecto de vuestra bondad infinita me habéis escogido entre vuestros numerosos siervos y me habéis conducido á este lugar para continuar la obra comenzada por aquel héroe cristiano á quien enzalza todo el mundo.

El antiguo y el nuevo continente, salvando toda distancia, y animados de igual alegría, han celebrado el cuarto centenario del descubrimiento de América. Haciendo la apoteosis de Colón se ha festejado al apóstol de la fe, porque, según las palabras de S. S. León XIII,

al atravesar el océano, Colón tenía la más alta mira, cual era la de difundir la predicación del Evangelio.

Aquel ínclito navegante con su genio intuitivo veía ya en lo por venir diseminados los misioneros en toda América y se felicitaba de participar de sus méritos. Y ahora ve desde el cielo realizada su previsión y se alegra de los triunfos que la Iglesia de Cristo obtiene hasta en la Patagonia y Tierra del Fuego.

Cierto es que apenas descubierto el Nuevo Mundo se estableció una corriente impetuosa de emigrantes en busca de dinero, y que la sed del oro fué grande obstáculo á la conquista espiritual; pero, dicho sea en honor de la Iglesia, jamás el Vicario de Jesucristo dejó de enviar hombres apostólicos á arrojar la semilla del Evangelio y regarla con sus sudores, cuando no con su sangre.

Muchos son los héroes de la caridad que en cuatrocientos años han trabajado con celo indecible en salvar las almas de los Americanos indígenas: Franciscanos, Dominicanos, Jesuitas, Mercedarios, Benedictinos, etc., cuentan numerosos campeones y quizá no pocos mártires. En cuanto á los Salesianos, puede decirse que son de ayer, si bien ya hace diez y siete años que con todas las santas industrias inspiradas por el celo de su fundador se empeñan en ganar almas para el cielo. Llenos de confianza en la Providencia y seguros de la protección de María Auxiliadora continúan la grande obra comenzada por Colón, dan gracias á Dios por haber suscitado aquel genio para tan alto designio, y celebran de todo corazón y en la mejor manera posible el cuarto centenario de tan feliz acontecimiento.

Según lo hemos dicho en el *Boletín* anterior, una numerosa expedición de religiosos Salesianos é Hijas de María Auxiliadora recibió el 6 de diciembre en la iglesia de María Auxiliadora la bendición del diocesano y del superior, dió un adiós á la patria y partió para América. Esta fiesta conmovedora en extremo coincidió con la que los Salesianos hacían en Turín para gloria de Colón. No podía ser mejor interpretado el espíritu del descubridor del Nuevo Mundo, ni tampoco el de Don Bosco, como quiera que *entre las cosas divinas la más sublime es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.*

EL SECRETO

DE LA

ENSEÑANZA LAICA

(Son palabras de Sardá y Salvany).

El objeto de la Revolución es pura y simplemente la descristianización del mundo y la proclamación en él del falso derecho del hombre rebelde, en sustitución del derecho verdadero de la autoridad de Dios. Por esto todo lo que hasta hoy se ha visto en el mundo con el nombre de Revolución, no han sido, si bien se mira, más que las avanzadas de ella, los tiroteos y escaramuzas que preceden al combate definitivo. Lo que se ha realizado y se va realizando en el terreno de los sistemas políticos; las transacciones y fórmulas conciliatorias que se han discurrido para ir sosteniendo, por un día al menos, cierta aparente paz; las reformas económico-sociales con que se amenaza al rico; los ideales utópicos con que se halaga al pobre; las mil y una triquiñuelas legislativas con que se quiere tener amordazada á la Iglesia, todo eso no soñ más que preparativos para el último tremendo abordaje. Día vendrá, y será muy presto, ¡ojalá fuese hoy! en que no habrá más que des términos en el problema, dos banderas en el campo de batalla. El ateísmo franco, que al fin por todos se llamará así; y el Catolicismo entero, que por todos será con este nombre reconocido.

Entre tanto que esto no llega, es inevitable cierta confusión: el enemigo viste á veces nuestro propio traje y adopta nuestras mismas divisas para lograr de flanco lo que aún no podría de frente; se contenta con ataques parciales, pero que con todo y ser parciales, cada día se van más á la raíz. Ahora bien; el combate de hoy es el de la enseñanza.

Atended una observación.

La Revolución, hasta hace poco, para hacer un ateo tuvo que deshacer antes un buen ó mal católico, porque no habiendo en el mundo más que buenos ó malos católicos, claro está que de ninguna otra cosa podía echar mano para formarse prosélitos. Hacer de un católico, sobre todo de un mal católico, un ateo, no parece cosa difícil á primera vista. ¡Son tantas las pendientes vergonzosas por donde se puede ir de la fe

á la incredulidad! ¡Son tantos los atractivos del mundo, demonio y carne (esta última sobre todo), que le hacen suave y resbaladizo al hombre el camino de la duda y de la negación! ¡Es tan seductora la libertad! ¡Es tan bella la ancha vida! ¡Es tan irreflexiva la juventud! ¡Ejerce tan despótico ascendiente la moda!

Sucedía, empero, que un ateo hecho de esta manera rara vez llegaba á ser ateo de veras. Parecía casi siempre á primera vista; pero la antigua levadura católica permanecía más ó menos en el fondo de su corazón. El ateo de tal suerte construído blasfemaba, sí, como un demonio; maldecía al cielo, asesinaba frailes y saqueaba conventos, derramaba veneno con su lengua ó con su pluma, era, en una palabra, lo que hemos visto en muchos de nuestros desdichados hermanos, bautizados como nosotros y educados por madres cristianas como nosotros, que sin embargo han sido el azote de su fe y de su patria desde el principio de este siglo acá. Más que ateos, eran malos católicos al servicio del ateísmo. Así que, á lo mejor, ó por el mayor sociego de la edad, ó por un repentino desengaño, ó por la voz fervorosa de un misionero, ó por cualquier otro de los medios que tiene la divina gracia á su disposición, nuestro fiero revolucionario acordábase, sin saber como, de su primitivo ser de católico, despertábase en él de súbito la fe largos años aletargada, volvían á sus labios las oraciones de la niñez por tanto tiempo olvidadas, confesábase y envejecía y moría tal vez como un santo, el que durante la mayor parte de su vida no fué sino un verdadero instrumento y satélite de Satanás.

Cada día estamos recogiendo en el confesionario y en el lecho de muerte los últimos restos de esta generación criminal, sí; pero, más aún que criminal, seducida; cada día recobra Dios muchos de esos pródigos infelices, que con lágrimas en los ojos tornan al paterno hogar.

Por donde claramente se ve que el trabajo revolucionario no producía así resultados más que á medias. Primero, porque nunca podía ser verdadera revolución una revolución que en el fondo no era hecha ni sostenida más que por católicos. Segundo, porque esos mismos

católicos revolucionarios no lo eran por lo común toda la vida, y al fin de ella salvaban muchos sus almas y procuraban reparar los males causados, con buenos ejemplos, ó aun con buenos escritos tal vez.

No, el anhelo de la Revolución había de ser, y era, y es hoy, tener revolucionarios hechos *ad hoc*: revolucionarios francamente tales ó sea francamente ateos; revolucionarios sin lastre católico de ninguna clase que templase su fiereza ó paralizase su acción; revolucionarios con la menor probabilidad posible de dejar de serlo; revolucionarios, no hechos de un católico deshecho ó pervertido, sino hechos *a priori*, hechos tales al nacer al mundo, ó por lo menos al nacer á la vida intelectual. Sólo éstos serían revolucionarios sin resabio alguno de clericalismo, con todo el vigor de su savia nativa, con toda la virginidad de su temple infernal.

Para eso era indispensable tomar al hombre, no ya desde joven, sino desde niño; no desde la edad de la educación; no irle á buscar precisamente al taller ó á la universidad para conducirlo al club, sino ir como á tomarle del regazo de su madre para conducirlo á una escuela especial. Esta escuela especial, donde se ha de formar el ateo, claro está que no puede ser ni la escuela sinceramente católica ni aún la simple escuela oficial en que aún no se ha abjurado el Catolicismo. Esta escuela especial, escuela preparatoria para el club, es la escuela laica: escuela atea, dirigida por maestros ateos para sacar discípulos ateos; que tales, según dicen por ahí, conviene que sean los ciudadanos todos del porvenir.

He aquí la escuela laica. Lo que allí se hace es lo siguiente, con lo cual se le acabará de ver la satánica intención.

En primer lugar se procura que el maestro sea hombre sin Religión. Naturalmente, para formar discípulos ateos, lo procedente es ponerles por de pronto á la vista del ejemplo práctico de una vida atea. Conviene que los niños vean desde us tierna edad que su maestro, del cual siempre tienen los niños un concepto superior, no oye misa, ni entra en la iglesia, ni respeta al sacerdote, ni saluda al crucifijo, ni vive casado en regla con su mujer, ni envía á bautizar á sus hijos, ni reza en casa, ni tiene en ella cuadros ó libros de santos, ni dá,

en una palabra, señal alguna chica ni grande de tener creencias. Eso naturalmente lo ven á todas horas los chicos, y saben además de pé á pá toda la historia del personaje, y beben de esta suerte en él las primeras lecciones de incredulidad práctica, que han de hacer de ellos en lo futuro hombres sin Dios, sin ley y sin fe.

En segundo lugar se hace que los textos ó libros que se ponen en manos de las tiernas criaturas estén saturados de esta misma incredulidad que lentamente ha de envenenarlas y corromperlas. Nada de Dios criador de cielo y tierra; nada de alma espiritual é inmortal; nada de premios y castigos en la vida futura; nada de Jesucristo y de Iglesia católica; nada de Catecismo y de Sacramentos; nada, en suma, de conceptos de Religión, siquiera de la más rudimentaria y trivial. Se quiere que el hombre empiece á vivir como potro en la dehesa, sin freno de clase alguna, con solos los principios de una falsa honradez natural, que le baste para no ir á la horca ó al presidio. Esta es la educación del ciudadano *libre*, ¡y tan libre, válganos Dios! ¡Ya se le irán viendo al tal potro libre los saltos y cabriolas que se permitirá con tal libertad!

En tercer lugar, ni aun como asignatura de enseñanza, se le impondrá al niño el estudio de su Religión. De suerte que el niño podrá saber por la geografía é historia, la mitología pagana, ó los ritos de la superstición celta, india ó del Japon; pero nada de la verdadera Religión de su patria y de sus padres, porque ésta en tal escuela es considerada como peligroso contrabando.

Empero, que tales maestros no enseñasen Religión, menos mal fuera, aunque por eso sería gravísimo mal; pero lo peor del caso es que la enseñan á sus discípulos falsificada, embrutecida, para que desde niños la empiecen á aborrecer. Que el Papa es un malvado tirano; que el clero es una casta explotadora y corrompida; que los conventos son focos de maldades; que las iglesias son guaridas de ladrones é hipócritas; que el *Syllabus* es el código de la reacción; que las ideas religiosas son todas ignorancias y atraso; que el catecismo envilece y embrutece; que el mónstruo de los tiempos presentes es lo que se llama el jesuitismo. Todo eso les enseñará el laico en

su escuela, porque todo eso es lo que predica semanalmente en los periódicos escandalosos que salen de ella.

Dígasenos ahora con toda imparcialidad. ¿Qué padre ó madre de buen juicio puede tolerar para sus hijos ó hijas tan perversa educación?

— Alto ahí, sale muy altanero el maestro láico; enseñar no es educar. Y en la escuela se debe dar sólo la enseñanza; en la familia la educación. — Pasemos por alto la primera falsedad, esto es, la de que la escuela no deba ser á la vez casa de instrucción y de educación; pasemos por alto esta que es grosera mentira, porque en todos los siglos y en todos los países los maestros de enseñanza primaria han entendido que debían, no sólo enseñar, sino educar, porque realmente en el niño estas cosas son inseparables. Decidme: si en la escuela dais una instrucción mala, ¿es posible que el niño adquiera con sola la familia una educación buena? La instrucción versa sobre las ideas, la educación principalmente sobre los sentimientos y costumbres; pero dá la casualidad que no puede haber sentimientos buenos y costumbres buenas, si previamente se tienen ideas malas. Niño con perversa instrucción es moralmente imposible que sea luego niño con honrada educación; edificio con cimientos de incrédulo, es difícilísimo que tenga continuación y remates de edificio cristiano; semilla de cardos y espinas en la niñez, es imposible que dé en la edad viril cosecha de buenos frutos. No; que el Salvador lo ha dicho con inefable verdad: *Lo que siembre el hombre, eso cosechará.*

Cuando os tiente, pues, el diablo, ¡oh padres! ¡oh madres! para que mandéis vuestros hijos á una de tales escuelas en que se ha suprimido el único principio de moralidad, que es la idea de Dios, decíos á vosotros mismos:

« No puedo, porque sin el fundamento del temor de Dios, mi hijo no puede ser hombre de bien. Porque, por ejemplo, para no ser ladrón es indispensable creer antes que el robo es cosa mala; y no puedo creer que el robo es cosa mala si no consta cierto que hay una ley superior que lo declare malo, y no puede darse esta ley superior si no se empieza por creer en un legislador supremo que es Dios. »

« No puedo, porque si mi niño tiene

derecho á ser un mal cristiano, lo tiene también á ser un mal hijo, mal esposo, mal padre y mal ciudadano; porque quien se dispensa de sus deberes para con Dios, lógico es que se crea dispensado también de sus deberes para con los demás hombres. Hay deberes ó no los hay. Si no los hay para con Dios, no los hay para con ninguno otro. Y el mundo ha de ser entonces ó un presidio en que no reine otra autoridad que la brutal del cabo de vara, ó una horda de salvajes en que cada cual haga lo que le acomode al grito de « ¡Viva la libertad! »

Hé aquí lo que es la enseñanza llamada *láica*, he aquí el secreto de iniquidad que se esconde tras los programas de esa falsa educación sin Dios. ¿Un secreto, he dicho? Es verdad, pero secreto á voces, como suele decirse; secreto que lo sabe todo el mundo; secreto tan público que por lo mismo á nadie puede ya engañar. La Revolución, al llamar *láica* á esta su enseñanza, no ha querido sino llamarla *atea*, sólo que esta palabra es dura de oír todavía para una gran parte del pueblo: la otra escandaliza menos y guarda más las apariencias de pudor social.

¡Padres y madres! ¡No entreguéis vuestros hijos é hijas á tales maestros de corrupción! ¡Cualquier mal de sus cuerpos, cualquier vicio de sus almas es menos terrible que ese calculado envenenamiento de su primera niñez! ¡Padres y madres! ¡Cometéis el mayor de los crímenes cuando dais vuestros hijos á tales centros de perdición!

NOTICIAS DE NUESTRAS MISIONES

TIERRA DEL FUEGO

Adquisición de una nave para las Mision

Con fecha 20 de julio de 1891 Monseñor José Fagnano, Prefecto Apostólico de la Tierra del Fuego, escribía de Puntarenas al Revmo. Señor Don Rua, manifestándole el progreso conseguido en la Misión de San Rafael establecida en la isla de Dawson (Tierra del Fuego), y le añadía: « Por desgracia algunas veces el retardo en recibir los víveres llena á los indígenas de inquietud, y temo que esto llegue alguna vez á causar consecuencias deplorables. Para evi-

tar semejante peligro me parece no sólo conveniente sino necesario adquirir una goleta de la cual poder disponer en tiempo oportuno para el transporte de provisiones. Repetidas veces ocurre que sin poder conseguir una barca ni marineros, con inmenso pesar nuestro, debemos esperar semanas y más semanas llenos de aflicción por la suerte de nuestras Misiones...

Revmo. Sr. Don Rua, por el bien de la Misión, de nuestros hermanos y de los pobres salvajes yo no puedo vivir tranquilo hasta no salvar esta necesidad. Una goleta ó pequeño buque de vapor es indispensable para el servicio de la Misión de San Rafael.

A las súplicas de Monseñor Fagnano para conseguir un barco uniéronse entonces las de Don Rua, y, gracias á la caridad de nuestros Cooperadores, se pudo comprar un barco, no de vapor como habría sido de desear, sino de vela y demasiado pequeño para resistir á las tormentas de los mares australes.

He aquí una carta en que el R. P. José María Beauvoir nos da noticias de la conducción del mencionado barco:

De Chiloé á la Tierra del Fuego.

Puntarenas, 12 de Mayo de 1892.

REVMO. SR. DON RUA:

Después de una ausencia de cerca de siete meses, me encuentro de nuevo en Puntarenas en la buena compañía de los queridos hermanos. Y tomando la pluma en los ratos libres que me deja el cuidado de los niños educandos le daré breve noticia de mi último viaje, emprendido por orden del muy amado Prefecto Apostólico, Mons. José Fagnano, para comprar una nave para el servicio de la Misión de Tierra del Fuego. Tendré así ocasión de dar un testimonio público de la extraordinaria protección de María Santísima Auxiliadora, en señal de viva gratitud por haberme librado varias veces en tal viaje de inminente naufragio.

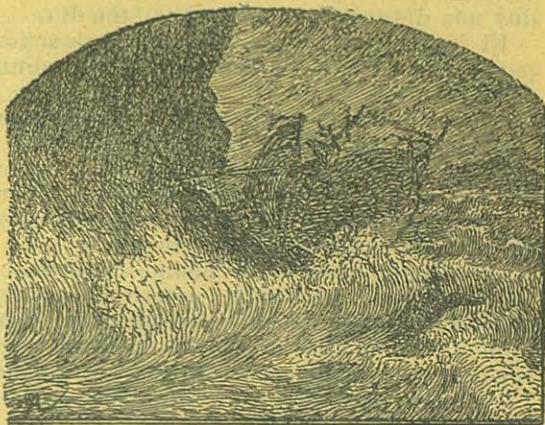
Habiendo partido de Puntarenas el 30 de Setiembre del año pasado, no pude volver hasta el 1° de abril del presente. Como á las 4 de la tarde de este día, catorce personas embarcadas en la nave tan deseada, dejábamos al puerto de Dalcahue, en Chiloé, y, aprovechando el viento favorable, enderezamos rumbo por los canales del archipiélago, hacia el mar Pacífico.

De paso nos detuvimos apenas en Coraco, tierra natal de nuestro piloto, y en Melinka, una de las islas Guaitecas, residencia del Gobernador marítimo. Por fin, á los cinco días de viaje entramos en el grande Océano.

¡Ay de nosotros! que apenas tocamos las aguas del Pacífico comenzó á bailar azogadamente el barco sin aquietarse en treinta horas: un viento fuerte de la parte de oeste,

una espesa niebla y una lluvia desecha pusieron á prueba la paciencia de los tripulantes. Las olas que se levantaban como montañas jugaban con nuestro pobre barco y amenazaban con tremendo fragor sepultarlo de un momento á otro en los profundos abismos. ¡Tristísimo recuerdo! ¡Cuántos gemidos y cuánto espanto en aquellas horas mortales! Pasó la mañana y la tarde y el día entero sin que disminuyese un punto la furiosa tempestad. Llegada la noche, aumentó la zozobra: azotada la nave por un horrendo golpe de mar, sintióse un fracaso indecible: era la vela mayor que caía al agua con la entena correspondiente, al mismo tiempo que se destrozaban en parte las demás. Fué menester arriar las que quedaban y seguir á merced de las olas á palo seco.

A poco nos vimos delante de un escollo



gigantesco. Parecía llegaba nuestra última hora; la consternación fué general; el peligro inminente.

Sin medio alguno en lo humano para evitarlo, todos invocamos el socorro del Cielo. Las jaculatorias nos venían espontáneas á los labios: ¡Jesús mío, misericordia! ¡Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á Vos! ¡María, Auxilium Christianorum, ora pro nobis!

Y María vino en nuestro auxilio.

El piloto, rendido de fatiga, bañado de agua y de sudor, haciendo todo el esfuerzo posible para gobernar el timón, gritaba de tiempo en tiempo: ¡Valor, amigos míos! Mas luego murmuraba en voz baja: No hay escapatoria; estamos perdidos.

Pero no, que, á Dios gracias, la barca tomó rumbo hacia alta mar, y sólo al aclarar el día nos dirigimos á la costa.

Deseábamos llegar al puerto Otwai, en el promontorio de Tres Montes; pero impelidos por el viento continuamos aún nuestro viaje todo el día á palo seco, pasamos el golfo Penas (ó dé las penas) y, por fin, llegada la tarde, conseguimos anclar en Puerto de

Balleas, donde pudimos tomar el reposo de que tanto necesitábamos.

Restablecidos un tanto, continuamos viaje á la mañana siguiente y en la tarde llegamos á la isla Black donde nos detuvimos para confortarnos corporal y espiritualmente. Digo espiritualmente porque toda la tripulación, para cumplir aquí una promesa hecha á María durante el peligro, se confesó y al día siguiente, Domingo de Ramos, recibió la santa Comunión. Los que no pudieron hacerlo en aquel día no tardaron mucho en cumplir su promesa, inclusive el piloto, el cual asistía con frecuencia á misa y á recitar á coros el rosario conmigo y la marinería.

Continuamos camino, y entrando en el estrecho inglés ó Angostura anclamos en la isla Víctor, donde tanto por causa del viento contrario como para reparar los daños sufridos nos detuvimos una noche y un día.

El jueves, aunque el tiempo no era mejor, pasamos á la isla Saumarez, donde abundaba la nieve.

En el puerto de Grappler encontramos una canoa con ocho Indios, á los cuales á más de regalarles algunos vestidos y varios emblecos los invité á acompañarme; pero no pude conseguirlo; espero ser más afortunado si los encuentro de nuevo.

El Sábado Santo el tiempo continuaba tan malo como en los días precedentes, y sin encontrar buen fondeadero casi nos estrellamos contra una roca; nos pusimos, en consecuencia, á la capa durante la noche. Luego que rayó la aurora seguimos por el canal, con gran peligro de extraviarnos á causa de la niebla, y á las tres de la tarde llegamos á Puerto Bueno.

Este puerto es más que bueno, excelente: lo visité todo, no obstante la lluvia, y me pareció encantador, un gran parque real con graciosas islas, senos, caídas de agua y prados bellísimos. No es, pues, extraño que toquen aquí casi todos los buques que viajan por estos mares. En este puerto encontramos recuerdos del buque de guerra italiano *Américo Vesputio* y de los mercantes alemanes *Gulf Suez* y *Roma*. Habríamos deseado de tenernos siquiera un día, pero en el interés de llegar cuanto antes á Puntarenas, al día siguiente, si bien era el de Pascua de Resurrección, apenas celebrada la misa y pronunciado un corto sermón, levamos anclas y nos dirigimos á la punta Hamilton á la rada Deep á donde llegamos á los cuatro días, y luego, pasando por sirtes y escollos, á un puerto seguro en el canal de Tamar, aun sin nombre conocido y que llamé de María Auxiliadora.

El 21 de abril soplabá un fuerte viento sud-oeste, y como el piloto no conocía el lugar, vacilaba en darse á la vela; pero examinado un poco el fondo, nos resolvimos á partir y en breve nos hallamos en el es-

trecho de Magallanes que nos recibió con viento tan propicio que conseguimos andar como sesenta millas en menos de cuatro horas.

Se nos dilataba el corazón al pensar que nos acercábamos á nuestra querida Misión. Pero ¡ay! á cuántos peligros esta expuesta acá la vida del navegante... A cada momento puede sobrevenir una borrasca imprevista, dar en una peña ó en algún bajo y salir de este mundo.

Nuestras pruebas no habían concluido, que otras no menos duras nos estaban reservadas.

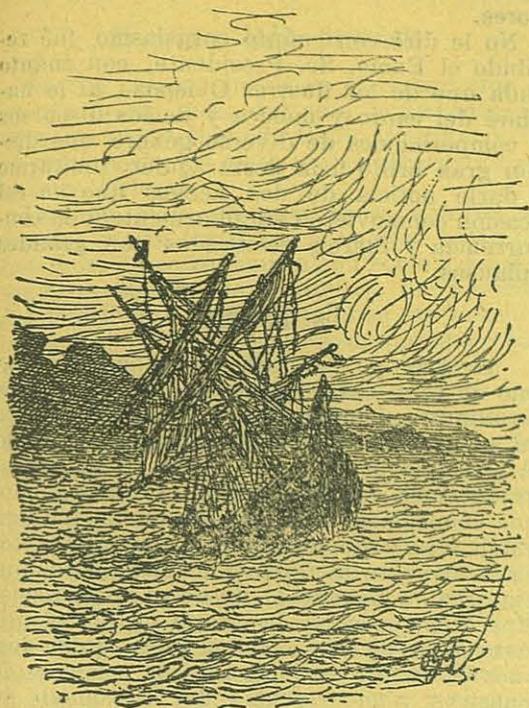
Después de una navegación propicia, con viento en poca hasta las cinco de la tarde, se oscureció de improviso, vino la noche tan negra que no nos veíamos unos con otros, una lluvia torrencial y un viento que despertó de nuevo la más grande inquietud en toda la tripulación. Anclar, sin conocer el lugar, no era posible; continuar el viaje era en extremo arriesgado, á causa de la vecindad del estrecho de la Angostura y del Chroket en una parte cubierta de picos y rocas. ¿Qué hacer? Nos quedamos á la capa y con grandísimo temor nos pusimos á voltegear de un lado á otro.

Mas en esta situación terrible siéntese de repente un grito: ¡Escollo, escollo! Era nuestro hermano Forcina quien primero que todos distinguía una gran roca contra la cual íbamos ya á estrellarnos. Un instante más y nuestra barca se precipitaba en la punta norte de la isla Carlos III.

Se nos heló la sangre en las venas. ¡Fuerza, fuerza, virar pronto! grita el piloto. Y todos á una, sin pérdida de tiempo nos dimos á la maniobra y conseguimos desviar el barco cuando ya estábamos sobre aquella mole. ¡Bendito sea Dios! ¡Gracias sean dadas á María Auxiliadora quien dirigía nuestros esfuerzos y nos demostraba una vez más la eficacia de su protección!

Salvado este peligro, parecíame que no podía temerse otro tan pronto; continuamos toda la noche á la capa, y apenas comenzó á aclarar, aprovechando el viento y la corriente favorables, alzamos velas y pusimos rumbo á la isla de Dawson, que ya divisábamos.

Bajo entretanto á mi camarote cuando oigo que me llaman para preguntarme si la barca iba bien. ¡Cáspita! demasiado bien. Habíamos avanzado más de lo necesario y entrado en el canal de la Magdalena. Nos empeñamos en retroceder, pero se declaró un terrible uracán que impidiéndonos la maniobra nos obligó á dirigirnos hacia el promontorio de San Isidro. Habríamos querido llegar entonces al puerto Famine; pero no bien había bajado de nuevo á tomar un ligero alimento siento un fracaso que me puso el alma entre los dientes. Nuestra goleta había embancado en un bajo de arena.



Las olas comenzaron á azotarla con gran fragor. La nieve caía en abundancia y el viento soplaba impetuoso. Arriamos velas en el acto y nos pusimos á impeler la nave afirmando palos en la arena. Todo esfuerzo era inútil y corríamos gran peligro de que perdiera el equilibrio y se hundiese allí mismo. Pasadas largas horas de vano trabajo, estábamos ya para embarcarnos en una chalupa y salvar, al menos, la vida, cuando me vino una idea. Sin decir nada á nadie, me fuí á rezar el *Rosario* en mi camarote y luego las *letanías lauretanas* que concluí con la oración *Acordaos* de San Bernardo; Oh portentoso! Apenas concluídas las oraciones la nave se alzó como por encanto y quedó libre del bajo en que estaba presa. Era esta una gracia señalada de María Auxiliadora y me atrevo á decir un verdadero milagro.

Continuando viaje el 23 de abril llegamos, por fin, todos salvos y sanos á Puntarenas.

Tales han sido, Sr. Don Rua, las peripecias de mi viaje á Chiloé. Si V. R. lo cree conveniente, puede hacer publicar esta carta en el *Boletín Salesiano* para que mejor se conozca la protección bondadosa de María Auxiliadora y para expresión pública de mi agradecimiento y del de mis compañeros de viaje.

Gracias también á nuestros buenos Cooperadores, que nos han proporcionado los recursos necesarios para conseguir el barco sobredicho de tanto interés para el servicio de nuestra Misión de la Tierra del Fuego.

Monseñor Fagnano partirá conmigo bien pronto en ella á la isla de Dawson.

Saluda con todo afecto á V. R.

Su afmo. hijo en J.-C.

JOSÉ MARÍA BEAUVOIR
Presb. Salesiano.

Lecturas Católicas

A Dios gracias, la publicación mensual, titulada *Lecturas Católicas*, fundada por Don Bosco en 1853, tiene ya cuarenta años de vida. Establecida con el propósito de enseñar y defender la religión con libros morales y amenos adaptados á la inteligencia de todo el mundo, consiguió desde un principio excelente acogida, y muchas fueron las personas que asociándose á ella quisieron contribuir eficazmente al propósito de Don Bosco.

Era bien merecida recompensa para quien no sólo había escrito y dirigido una buena parte de dichas *Lecturas*, sino que por ello había hasta puesto en peligro su vida.

Al ver los protestantes que estas *Lecturas* pasaban de mano en mano y tener conocimiento tanto de la recomendación que hacían de ellas prelados ilustres, como del encomio que habían merecido de varios cardenales y del mismo Santo Padre, trataron de combatir las con las *Lecturas Evangélicas*; pero como con este arbitrio sólo consiguieran atraer sobre sí mayor desprestigio, empeñáronse en una controversia con Don Bosco, que los llenó de confusión.

Advirtiéndole entonces que no eran estos los medios de hacer desistir á Don Bosco de continuar escribiendo contra las sectas, intentaron ora halagarle con dinero, ora intimidarle con amenazas.

Desdeñó indignado Don Bosco los halagos y Dios le libró de los inicuos atentados que repetidas veces pusieron en peligro su vida.

Tan tremenda fué la lucha que no se podía encontrar en Turín quien quisiera encargarse oficialmente de la revisión eclesiástica de dicha publicación. Uno de los revisores respondía una vez á Don Bosco, restituyéndole los manuscritos que le había confiado al efecto: « Le devuelvo su trabajo en el cual se encara con el enemigo y le llama á la controversia. No quiero contribuir con mi nombre á una lucha que me puede costar la vida; como que frescos están los recuerdos de lo ocurrido al sacerdote Jiménez y á Monseñor Palma. »

Informado el Arzobispo sobre las dificultades en que se tropezaba recomendó que se publicasen las *Lecturas Católicas* en Ivrea, diócesis de Mons. Moreno, y así se hizo.

Los Valdenses, contra quienes se dirigían especialmente algunos opúsculos fueron á Don Bosco y le ofrecieron por lo pronto 4000 libras, con la promesa de una suma mayor para que no molestase á la secta; pero el buen sacerdote, sin aceptar el vil dinero continuó su empresa (1).

Los grandes bienes producidos por las *Lecturas Católicas* indujeron á los Salesianos á establecerlas en América, y hace diez años que al igual del Oratorio de Turín se estampán en la casa salesiana de Buenos Ayres para mantener la integridad de la fe y mejoramiento de las costumbres. Cada mes se da á luz un opúsculo de 100 á 150 páginas, que se envía á los señores suscritores que con su abono concurren al bien de la sociedad y también de los niños pobres que se emplean en los talleres donde se imprimen las *Lecturas* y á los cuales se destina el producto que se obtiene de la venta.

Precio de suscripción

(pago adelantado).

En Buenos Aires : un año pesos m ⁿ .	1 50
— En provincias: — —	1 75
— En el extranjero : — —	1 50

A los señores Suscritores, que quieran constituir centros de suscripción, se les concederá un 10 % de descuento.

Para los pedidos y precio de la suscripción se ocurrirá á cualquier casa salesiana, á los respectivos agentes ó á la *Dirección de las Lecturas* en el *Colegio Pío IX de Artes y Oficios* en Almagro (Buenos Aires).



ECUADOR

Talleres Salesianos del Sagrado Corazón.

Quito, 20 de agosto de 1890.

REV.^{mo} SR. D. RUA :

El domingo primero de este mes se verificó en esta casa la distribución de premios á los niños de las escuelas de artes y oficios que más se han distinguido en el año por su conducta y aprovechamiento. En esta misma ocasión se celebró un solemne acto literario musical en honor de Cristóbal Colón y en celebración del cuarto centenario del descubrimiento de este continente.

Asistieron al acto todos los obispos del Ecuador, quienes por fortuna se hallaban á la sazón en Quito, y también el Excmo. Señor Presidente de la República, Don Luis Cordero, grande amigo nuestro, los Coope-

(1) Véase *Don Bosco* por d'Espiney, y *Don Bosco*, amenos y preciosos documentos sobre su vida por un Cooperador Salesiano.

radadores Salesianos y otros distinguidos señores.

No le diré con cuánto entusiasmo fué recibido el Excmo. Sr. Presidente, con cuánto cada uno de los ilustres Obispos, ni le hablaré del canto y música y de los discursos y composiciones de diverso género que dieron gran brillo á la fiesta. Quiero limitarme á darle noticia de dos hechos que en tal ocasión conmovieron singularmente á la concurrencia y fueron celebrados con grandes aplausos.

Un diploma.

A más de los premios y certificados que en esta casa sirven de estímulo á los estudiantes, confiérese el diploma de maestro en su propio arte ú oficio al que concluido el aprendizaje del ramo á que se ha consagrado rinde con buen éxito un examen ante una comisión de maestros. Nadie hasta ahora había alcanzado este honor; pues siendo todavía reciente la fundación de la casa ninguno había llegado al fin de su aprendizaje. Mas este año cupo la gloria de ser el primero al joven sastre Rafael Pera, quien después de rendir examen ante la comisión de maestros y en presencia del Presidente de la República, y pasados varios meses de práctica como director del taller de Sastrería, fué juzgado digno de recibir el diploma, y establecióse en consecuencia dársele el día de la distribución de premios. En efecto al acordarse en este acto las distinciones debidas á los aprendices de sastre el joven Pera fué proclamado maestro en su oficio y el Excmo. Sr. Presidente mismo quiso poner en sus manos el diploma al propio tiempo de darle un apretado abrazo, que fué aclamado con grandes vivas y aplausos de los concurrentes.

No fué esta la única recompensa del joven, sino que recibió además una máquina de cocer, varios útiles correspondientes á su oficio y buen número de monedas ganadas en el taller.

El buen joven pidió entonces licencia para manifestar su gratitud, conmovido como es de imaginarse ante los eminentes personajes y los doscientos compañeros que le felicitaban. Leyó, pues, un sentido discurso en el cual expresó su reconocimiento á las Hermanas de la Caridad que le habían recogido en la calle, huérfano y desamparado, á los magistrados de la nación que le abrieron las puertas de este colegio y á los Salesianos que le han educado paternalmente y enseñado un honrado oficio. Dió, por fin, un adiós muy afectuoso á sus superiores y á sus compañeros, de los cuales llegaba el tiempo de separarse. Aquella escena fué la más tierna que cabe.

El primer indio premiado.

No fué menos simpático y conmovedor el premio de un indio del país de Zambisa, no lejos de Quito, llamado Pablo Quahuano. Es el primero de los siete indios albergados en nuestro Colegio.

Cuando leído su nombre se alzó de su puesto, y con los cabellos sueltos hasta los hombros, descalzo, con calzón corto y poncho, según costumbre de los indios, fué á recibir del Presidente de la República su premio, todos los circunstantes prorrumperon en fragorosos aplausos. Recibido que hubo el objeto que le estaba destinado, con gran simplicidad y lleno de contento lo estrecho afectuosamente. Redobláronse entonces los aplausos.

Estos dos hechos fueron los más celebrados en nuestra fiesta de 7 agosto.

Su Excelencia el Presidente de la República pronunció un discurso al terminarse el acto, en el cual manifestó la más profunda satisfacción é hizo votos muy sinceros por la prosperidad de la Obra Salesiana, deseoso de que extendiese sus beneficios á todas la provincias de la nación y en especial á la de Cuenca su patria.

Quiera Dios que esta fundación tan deseada del Excmo. Sr. Presidente no tarde mucho en efectuarse.

Sírvase aceptar, Revmo. Sr. Don Rua, las expresiones de mayor respeto, veneración y afecto de todos los Salesianos de esta casa y en especial de su humilde hijo en J. C.

G. ROCCA.

COLOMBIA

Agua de Dios.

Los diarios de Colombia del mes de junio del p. pdo. contienen preciosos artículos sobre los leprosos de Agua de Dios. El Padre Unia en diez meses pasados ya con aquellos infelices ha podido conocer las necesidades principales, y entre éstas la de agrandar el hospital, pues de día en día crece el número de los enfermos. Escribió con este objeto al Excmo. Sr. Presidente de la República y luego inició una suscripción entre los buenos colombianos. Los primeros en responder á su invitación fueron los 300 encarcelados del Panóptico de Bogotá, quienes, con el permiso del alcaide y de la Inspección respectiva, se suscribieron cada uno con un *cuartillo* (tres centavos). Esto les ha merecido las más encarecidas gracias de parte de los leprosos y grande aplauso del público que no ha tardado en seguir su generoso ejemplo.

* * *

Ya que hablamos de Agua de Dios creemos oportuno incertar aquí copia de la comunicación que tiempo há recibió el Revmo. Sr. D. Rua del Ministro de Colombia ante la Santa Sede á nombre del Exmo. Sr. Presidente de aquella nación.

*Legación de Colombia
ante la Santa Sede.*

N. 577

Roma, 27 de febrero 1892.

REVERENDO PADRE :

En cumplimiento de una orden del Excelentísimo Señor Presidente de la República me es grato presentar á Vuestra Reverencia la expresión de su reconocimiento por la revocación de la orden en que se había dispuesto que el Padre Unia, actual capellán del Lazareto de Agua de Dios se ausentase de Colombia.

En virtud de esa nueva providencia, dice el oficio en que se me hace la recomendación á que he aludido, muchos de nuestros compatriotas que adolecen de una de las más terribles enfermedades que pueden affigir á la humanidad, continúan recibiendo los imponderables servicios que les presta aquel abnegado religioso. El Gobierno y la República aprecian debidamente la heroica virtud del Reverendo Padre Unia y agradecen al Superior de la Orden la benevolencia con que ha acogido sus deseos.

Tengo el honor de suscribirme de Vuestra Reverencia con la más distinguida consideración muy atento seguro servidor

Q. B. S. M.

JOAQUÍN J. VELEZ.

*Reverendo Padre Don Rua Rector
del Instituto Salesiano.*

URUGUAY

Fiesta Salesiana.

Monumento á Don Bosco.

El Bien, excelente diario de Montevideo, con fecha 25 de octubre del año p. pdo., da noticia de una hermosa fiesta celebrada por los Salesianos el 23 del mismo mes en la iglesia del Cordón de aquella ciudad.

Los Cooperadores y personas amigas del Instituto Salesiano que concurrieron á ella quedaron sobre todo en extremo complacidos del discurso magistral de su dignísimo obispo el Illmo. Sr. Don Mariano Soler. Tomando dicho prelado portexto de su elocuente discurso las palabras del Apóstol San Pablo en que declara á los fieles coadjutores y auxiliares de su apostolado, dijo que había aceptado con gusto la invitación que e le había hecho, porque era la primera vez que

iba á presidir una asamblea de esa índole, y era también la vez primera que en esa parroquia se celebraba una reunión de los Cooperadores Salesianos, y porque además estaba plenamente convencido de que se conocía muy poco esa obra admirable del esclarecido y santo varón Don Bosco.

Agregó que si esta institución fuera bastante conocida entre nosotros se le habría prestado, sin duda alguna, con mayor decisión y generosidad todo el apoyo que ella se merece.

Preguntando en qué consistía y qué era, la Sociedad de los Cooperadores Salesianos, dijo en respuesta, que ella constituía una Asociación Auxiliar del Instituto Salesiano; una especie de Congregación ó Tercera Orden Salesiana, que tenía algo común con las demás órdenes de esa naturaleza; pero que poseía un carácter especial y un distintivo peculiar y exclusivo, y éste consistía en su misión providencial que es la de dedicarse á arbitrar recursos para la educación de la niñez desvalida y abandonada por la tutela social.

En este orden de ideas prosiguió el sabio Prelado ocupando agradablemente el ánimo del escogido y numeroso auditorio que le escuchaba suspenso de su palabra, siempre sencilla y ajena de todo afeite, pero encantadora y elocuente.

Hizo la apología de la Congregación Salesiana en breves y brillantes rasgos, señalándola como el acontecimiento religioso más notable de los últimos tiempos. Citó, con feliz oportunidad, las palabras encomiásticas del eminentísimo cardenal Parocchi para demostrar la misión providencial de esa benemérita institución adaptada á las exigencias y necesidades de la época actual.

Inquiriendo las razones de la particular predilección que han manifestado siempre por la sociedad de Cooperadores Salesianos, tanto el inmortal Pontífice Pío IX, de feliz memoria, como su sapientísimo y glorioso sucesor León XIII, que los llevó hasta declarar los primeros miembros Cooperadores de esa hermosa sociedad, nos reveló el carácter original de su espíritu observador y reflexivo, en una argumentación de trabazón lógica irrefutable.

León XIII en las clarovidencias de su entendimiento privilegiado contempló la marcha de las sociedades hacia la democracia pura, y al dar una solución suprema al gran problema que agita todos los ánimos reflexivos, á la cuestión capital de los tiempos modernos, en su encíclica sobre la condición de los obreros, *Rerum novarum*, vió en la masa popular el porvenir de las naciones cristianas y civilizadas.

Dirigiéndose al pueblo abandonado, todos los esfuerzos de las instituciones de Don Bosco, halló en esta obra magna de la caridad apostólica el auxiliar más eficaz y o-

portuno de la misión redentora que ha acometido la Iglesia en la época presente.

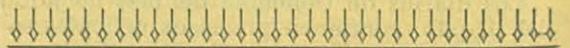
Después de hacer resaltar vivamente la analogía del fin que se propone la Congregación de Don Bosco, con el augusto pensamiento del Pontífice reinante; concluyó con un bello y tierno símil su magnífica peroración.

Refiere un acontecimiento singular acaecido últimamente en Nueva York en que ha sido protagonista un generoso bombero que entre las llamas de un voraz incendio, para salvar la vida de un inocente niño, se arroja de una altura de treinta metros, sosteniéndolo sobre la cabeza y pereciendo heroicamente á fin de conservar la existencia de aquel sér más útil que él á la sociedad.

Nueva York consagra la heroicidad con un soberbio monumento al mártir de tan sublime abnegación por la salvación de un niño; y el virtuoso Prelado, entusiasta por todo lo que importa un progreso para la educación de la niñez y una grande redención para la juventud, pide á sus antiguos y queridos feligreses, levanten también su monumento á Don Bosco, ese héroe glorioso en las áridas empresas, de la generación social y en la educación de la clase proletaria, contribuyendo en la capacidad de sus fuerzas á la erección de la Escuela Taller de Niños pobres.

Concluida la conferencia, varias señoras y caballeros hicieron la colecta de costumbre y el Prelado impartió la bendición con el Stmo. Sacramento.

La *Unità Cattolica* aplaudiendo vivamente el felicísimo pensamiento del Obispo del Uruguay hace suyo el consejo y escribe un notable artículo recordando á los italianos que gloria de su nación es Don Bosco y que con ningún monumento pueden mejor enaltecerle que con hacer perdurables sus obras, con robustecer sus oratorios, asilos, escuelas y talleres y con proteger á sus misioneros. Ese es en verdad el homenaje que se merece.



GRACIAS DE MARIA AUXILIADORA



Salus infirmorum. — Muy querido Sr. Don Rua: Cumpló un deber sagrado, que me imponen los motivos de gratitud á María Santísima Auxilio de los cristianos, al referirle dos gracias obtenidas por la bondad de tan piadosa bienhechora:

Habiendo estado por algunos meses ocupado como capellán del Gran Hospital de la ciudad de San Pablo, y teniendo costumbre de visitar dos veces al día á los enfermos, encontré una vez muy grave, á causa de una inflamación pulmonar, á un italiano.

Me acerqué á su lecho, y tuve luego el sentimiento de advertir que apenas tenía el nombre de cristiano. No bien quise entablar conversación con él, comenzó á blasfemar y prorrumpir en imprecaciones contra los sacerdotes. Volví á él no menos de veinte á treinta veces con la esperanza de que se ofreciera un momento propicio para inspirarle confianza en Dios; pero siempre me acogía con insultos, desprecios é improperios.

Perdía toda esperanza de ganarle el corazón y me afligía el pensamiento de que muriera impenitente. El mal aumentaba á ojos vistas y la muerte parecía no tardar en arrebatarme. Una mañana que iba ya á salir del hospital para ir al Liceo del S. Corazón una Hermana me llama: el enfermo estaba en las últimas y bronca la voz casi no podía articular palabra.

Al sentir mi voz y la de la Hermana que me acompañaba abrió los ojos y haciendo gran esfuerzo tornó á los insultos esforzándose aún en escupirme á la cara.

Con el corazón oprimido, pero con viva fe, recurrí á la Santísima Virgen y presenté al desgraciado enfermo una medalla de María Auxiliadora. Como no consintió en tocarla, ni mucho menos en que se la pusiera al cuello, la ate al lecho junto á la almohada é invocando á la Madre de Dios en su ayuda me retiré de allí.

¡Oh maravilla! aun no había concluído de bajar la escalera cuando me llaman de nuevo: el enfermo pedía confesor. Se confesó en efecto y luego recibió la extremaunción con signos manifiestos de grande arrepentimiento.

Una semana después hallándome en el Liceo, donde daba clases me llaman á la puerta. — ¿Quién es? — Aquel italiano, poco antes moribundo en el hospital, ahora ya sano venía á confesarse y comulgar y dar gracias á María por haberle curado de su enfermedad física y moral. Mostróme enterrecido la medalla que lleva al cuello con profundo reconocimiento. Hé ahí un lobo á quien María ha cambiado ahora en cordero.

* * *

Paso á referirle el otro hecho:

Enviado por mi Director, en el mes de julio del año pasado, al Liceo de artes y oficios de San Pablo, con ocasión de las solemnes fiestas que allí se celebraban para honrar al Sagrado Corazón de Jesús, una mañana que delante de la iglesia estaba contemplando el grandioso edificio y el magnífico templo ideados y dirigidos por nuestro hermano Delpiano, veo llegar apresuradamente una señora que con lágrimas en los ojos pide un sacerdote italiano que vaya á confesar á su marido que estaba á las puertas de la muerte.

Fuí en el acto. El enfermo estaba con el alma entre los dientes. Me consoló desde

luego ver en su cuarto el retrato de nuestro querido padre Don Bosco, y no tardó en recibir con gran fervor los santos sacramentos. Advirtiendo la pobreza en que se hallaba y la dificultad de cuidarse conforme lo requería la gravedad de su mal, le pregunté si estaba dispuesto á ir al hospital y le animé diciéndole que yo le recomendaría á las Hermanas de Caridad las cuales le prodigarían toda suerte de atenciones, y como no presentara dificultad, le dije á su hijo que viniera al día siguiente al Liceo á saber el resultado de mi empeño. Fuí luego al hospital y hablé con la Madre Superiora. Informóse ella de la enfermedad y respondió que le acogería gustosa; pero que, pues, el mal era incurable y sin ejemplo de que alguno sanara, creía que no pasarían más de ocho días sin que el enfermo partiese al otro mundo. Volví al Liceo pensando cómo dar la noticia á la familia sin afligirla demasiado y me encomendé á María Santísima para que me inspirara el modo de expresarme. Vino el buen hijo de Pedro á recibir la respuesta. — Ve, hijo mío, le dije, ve á la iglesia, ruega por tu padre delante del altar de María Auxiliadora y hasle alguna promesa para que le sane, pues sólo ella puede sanarle. — Fué el joven y allí con la fe recibida de sus padres y robustecida en el seminario de Bra, donde había cursado humanidades, estuvo en oración una media hora y volvió á mí. — Padre mío, me dijo, le prometí á María que entraría en la religión salesiana si obtiene la salud de mi padre.

Pues bien al regresar á su casa encontró más aliviado á su padre: le contó y también á su madre la promesa que acababa de hacer, y obtuvo de ambos completa aprobación; de modo que no tardó en venir conmigo al colegio de San Joaquín á Lorena.

Pocos días después recibe una carta de puño y letra de su padre: « Querido hijo, le dice, me alegro de saber que estás bien. Agradezco al Señor la gracia que te ha hecho, pues has encontrado un lugar pío y santo como deseabas. ¡Bendecido sea Dios! María ha rogado por mí; y en corto tiempo he pasado de la muerte á la vida: hace ya cinco días que dejé la cama, no me queda más que la debilidad, pero el apetito es excelente y gano fuerzas de día en día.

» Querido mío, ruega de corazón por mí á Jesús y María.

No tardó el recién curado en hacer con su mujer un viaje de tres kilómetros á pie, para agradecer á María Santísima en el altar que le está erigido en el templo del Sagrado Corazón en los Campos Elisios, y recibir allí la santa comunión.

El hijo recibió bien pronto la sotana y fué admitido á la segunda prueba con entera satisfacción de sus superiores.

La bondad de María con esta familia no

terminó aquí. Como ésta padeciese suma estrechez, la hija fué recibida gratuitamente en el Colegio de Nuestra Señora del Carmen, dirigido por las Hijas de María Auxiliadora, y los padres encontraron á la vez una buena ocupación. A menudo los veo en Lorena, y no cesan de dar gracias á María Auxiliadora por tantos y tan señalados beneficios que de ella han recibido.

Pueda esta somera narración servir para avivar la fe de otras personas.

Disponga S. D. Rúa de

Su afmo. hijo en J. C.

SEBASTIAN GASTALDI, Presbítero Salesiano.

26 de junio de 1892.



HISTORIA DEL ORATORIO DE S. FRANCISCO DE SALES

(Continuación).

Nueva lotería. — Socorro del Gobierno.

Mucho sintieron lo ocurrido los bienhechores de Don Bosco, y no demoraron en ayudarle en este contratiempo. Con todo, esta ayuda no bastaba á cubrir los gastos hechos y por hacerse en la nueva fábrica, y Don Bosco creyó conveniente solicitar nuevamente la caridad por medio de una lotería. Quería por este medio dar ocasión á muchos fieles á tomar parte en un acto de gran caridad ya con ofrecimientos, ya con tomar ó colocar billetes; quería además excusar mayores desembolsos á sus bienhechores, y trataba por fin de proporcionarse los valores necesarios para llevar á cabo la construcción emprendida á despecho del enemigo de todo bien, que en vez de ganar perdía, al multiplicarse de este modo las buenas obras y dar motivo á nuevos actos de amor de Dios y del prójimo.

Apenas manifestó Don Bosco la intención de hacer otra lotería, muchas distinguidas personas se apresuraron á ofrecerse como promotores y auxiliares: llegaron éstos á trescientos cuarenta, y el número de objetos recogidos á dos mil novecientos.

Digna es de ser publicada una especie de circular difundida por la Comisión promotora, concebida en los términos siguientes:

« Invitación á una Lotería de objetos cuyo producto se destinará á los Oratorios de San Luis, en Porta Nuova, San Francisco, en Valdocco, y del Santo Angel Custodio, en Vanchiglia.

La caridad evangélica que inspira al hombre las más hermosas obras de beneficencia, si bien procura no atraer sobre sí las miradas de nadie, cuando la gloria de Dios y el bien del prójimo lo exigen no vacila en

vencer los sentimientos que le mueven á ocultarse, extiende la mano á las personas caritativas y manifiesta el bien que se ha hecho para que sirva de aliento á socorrer á los necesitados.

Esta consideración ha determinado á la Comisión establecida para esta Lotería á exponer brevemente el bien que se hace en dichos Oratorios.

Todos saben que el sacerdote Don Juan Bosco, deseoso de mejorar la condición moral de la juventud abandonada, fundó tres Oratorios para niños en tres de los barrios más necesitados de esta ciudad á donde los convoca en el mayor número posible todos los días festivos. Tales Oratorios tienen una capilla para los oficios religiosos, algunas salas para escuela y grandes patios para recreo. Atraídos con premios, juegos gimnásticos y honestos entretenimientos, los muchachos que los frecuentan llegan á veces á tres mil. Allí se les enseña lectura, escritura, canto y música; varios señores de notoria piedad hacen el catecismo y con paternal afecto tratan además de proporcionar trabajo y ocupación á los niños vagabundos.

En el Oratorio de Valdocco existen también clases diarias y escuela tornurna para aquellos á quienes las circunstancias no les permiten asistir á otra hora.

En estas escuelas nocturnas, á las cuales asisten multitud de jóvenes, se enseña igualmente á leer, escribir y la música vocal é instrumental, con el fin de retraerlos de las malas compañías que los pondrían en peligro de perder el escaso producto de su trabajo, la moralidad y la religión.

Entre estos niños, ya de la ciudad, ya de los afueras y lugares vecinos no faltan pocos huérfanos en extremada pobreza y desamparo á los cuales se da pan, abrigo y techo. A tal efecto se ha conseguido junto al Oratorio de Valdocco una casa donde ya se albergan ciento cincuenta (1), y donde se forman buenos cristianos y honrados artesanos.

El alquiler, el mantenimiento de las escuelas y capillas, el sustento y abrigo para ciento cincuenta asilados demanda, ciertamente, crecidos gastos; y conseguir el dinero necesario para cubrirlos es el objeto de esta Lotería.

(1) Hoy día su número se acerca á mil.

(Continuará).